

como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdate que, al verla y saludarla, no le <sup>a</sup> des paz en el <sup>b</sup> rostro, que tendré más celos de ti que tú los tuviste <sup>c</sup> de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos <sup>d</sup> de Tesalia, ó por las ri-  
 5 beras de <sup>e</sup> Peneo (que no me acuerdo bien por dónde corríste entonces), celoso y enamorado. »

Á este punto llegaba entonces <sup>f</sup> D. Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: « — Señor mío: lléguese acá la vuestra merced, si es  
 10 servido. »

Á cuyas señas y voz volvió D. Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en <sup>g</sup> toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imagi-  
 15 naba que era aquella venta. Y luego en el <sup>h</sup> instante se le representó en su loca imaginación que otra vez, como la pasada, la doncella hermosa, hija de la señora <sup>i</sup> de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle; y, con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante y se llegó  
 20 al agujero, y, así como vió á las dos mozas, dijo: « — Lástima os tengo, hermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza; de lo que no debéis dar culpa á este miserable andante <sup>j</sup> caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á <sup>k</sup> aquella que, en el  
 25 punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido. Y si, del amor que me tenéis, halláis en mí otra  
 30 cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosla en continente, si bien me <sup>l</sup> pidiédeses una guedeja <sup>m</sup> de los cabellos

a. ...no la des paz. BR.<sub>1,2</sub>. = b. ...en del rostro. MIL. = c. ...los turistes. TON. = d. ...por los campos de Tesalia. TON. = e. ...riberas del Peneo. V.<sub>1,2</sub>. MIL., ARG.<sub>1,2</sub>. MAL., BENJ. = f. ...punto llegaba D. Quijote. ARG.<sub>1,2</sub>. BENJ. = g. ...estaba con toda su claridad. V.<sub>1,2</sub>. MIL. =

h. ...y luego al instante. TON. = i. ...hija de los señores de aquel. ARG.<sub>1,2</sub>. BENJ. = ...hija del señor de aquel. TON. = j. ...este miserable y amante caballero. TON. = k. ...que aquella que. L.<sub>1,2</sub>. RIV., FK. = l. ...si bien pidiédeses. V.<sub>1,2</sub>. MIL. = m. ...una guedesa de. V.<sub>1,2</sub>. MIL.

31. ...yo os juro... de dárosla en continente. — Para expresar la idea de prontamente, al instante, al punto, sin dilación, tiene el idioma, entre otros, un voca-

de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos <sup>a</sup> rayos del sol encerrados en una redoma.

— No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, — dijo á este punto Maritornes.

— Pues ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? —  
 5 respondió <sup>b</sup> D. Quijote.

— Sola <sup>c</sup> una de vuestras hermosas manos, — dijo Maritornes, — por poder desfogar <sup>d</sup> con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído, tan á peligro de su honor, que, si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. 10

— Ya quisiera yo ver eso, — respondió D. Quijote; — pero él se guardará bien deso <sup>e</sup>, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. »

Parecióle á Maritornes que, sin duda, D. Quijote daría la mano  
 15 que le había pedido; y, proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha preseteza se volvió á su agujero á tiempo que <sup>f</sup> D. Quijote se había

a. ...los mismos. C.<sub>3</sub>. L.<sub>3</sub>. A.<sub>2</sub>. BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAL., FK. = b. ...preguntó D. Quijote. TON. = c. Solo una. PELL., GASP. = d. ...des-

hogar. L.<sub>1,2</sub>. V.<sub>1,2</sub>. BR.<sub>3</sub>. MIL. — ...desahogar. AMB., TON., FK. = e. ...bien dello si. ARG.<sub>1,2</sub>. BENJ. = f. ...que ya D. Quijote. V.<sub>1,2</sub>. MIL.

blo que se ha presentado, según los tiempos, con diversa forma: *en continente*, *en continenti*; *incontinente*, *incontinenti*. Siguese en esta primera parte, como se ha visto en el cap. 21, la forma más arcaica. De ella sobran ejemplos; y, para no repetir los que ofrece el *Diccionario de Autoridades*, se aducen esotros:

« Luego, con su misma espada  
 Se hirió sin piedad,  
 Metiéndola por la ijada  
 Con extraña crueldad;  
 Mas tornó súbitamente  
 Á sacarla *en continente*. »

« Y tú, moral, que al presente  
 Cubres aquí donde estás  
 Un cuerpo muerto, y no más  
 Del uno, y *en continente*  
 Los de los dos cubrirás. »

« La cabeza *en continente*  
 Fué en el agua zapuzada,  
 Y el cuerpo quedó pendiente... »

(CASTILLEJO. *Obras de amores*, lib. I y II.)

puesto de pies sobre la silla de <sup>a</sup> Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida <sup>b</sup> doncella, y, al darle la mano, dijo: « — Tomad, señora, esa mano, ó, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo <sup>c</sup> mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe <sup>d</sup> ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

— Ahora lo veremos », dijo Maritornes. Y, haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y, bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.

D. Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: « — Más parece <sup>e</sup> que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. No la tratéis <sup>f</sup> tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo. Mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. »

Pero todas estas razones de D. Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y <sup>g</sup> al cerrojo de

a. ...la silla de su caballo Rocinante. V. 1.º, MIL. = b. ...la ferida doncella. V. 1.º, MIL. = c. ...de mi cuerpo. RIV., FK. = d. ...tal debe de ser la. ARG. 1.º, 2.º, BENJ. =

e. ...parece hermosa señora que vuestra. V. 1.º, MIL. = f. ...la tratéis tan. BR. 3.º, AMB. = g. ...muñeca al cerrojo. TON., ARG. 2.º, BENJ. =

16. « — Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. — Desde el *rallar* aplicado á cosas inanimadas: « Pusimonos á comer, y quiso Dios que aun en esto me fué bien, que me cupo más pan que la laceria que me solía dar, porque *ralló* con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: « — Cómete eso, que el ratón cosa limpia es » (1), hasta ese áspero y duro desollar la muñeca á D. Quijote; los matices que ofrece la significación de *rallar* son en número indefinido, pudiendo presentarse como intermedia la acepción que ahora sigue:

« — ¡ Ay! — exclamó Isabel. — ¡ Ay! ¡ Qué toalla! Cuando me enjugo el rostro, me le *ralla*. »

(HARTZENBUSCH. *La toalla*.)

(1) *Lazarillo de Tormes*, trat. II.

la puerta, con grandísimo temor y cuidado que, si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro, había de quedar colgado del brazo; y, así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En resolución, viéndose D. Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento <sup>a</sup> como <sup>b</sup> la vez pasada, cuando en aquel mismo <sup>c</sup> castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecía entre sí su poca discreción y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de <sup>d</sup> caballeros andantes que, cuando han probado una aventura y no salido <sup>e</sup> bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y, así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo <sup>f</sup> por ver si podía soltarse; mas él <sup>g</sup> estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento por que Rocinante no se <sup>h</sup> moviese; y, aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza encantamento <sup>i</sup> alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haría <sup>j</sup> en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado (que, sin duda alguna, se había creído que lo estaba); allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda <sup>k</sup> de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda que le socorriese; y, finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría <sup>l</sup> su cuita, porque la tenía por eterna, teniendo por encantado. Y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio <sup>m</sup>

a. ...encantamiento. TON. = b. Omite como. L. 3.º = c. ...mismo. C. 3.º, L. 1.º, 2.º, A. 2.º, BOW., ARR., CL., RIV., GASP., ARG. 1.º, 2.º, MAL., BENJ., FK. = d. ...de los caballeros. V. 1.º, MIL. = e. ...y no salen bien. BR. 1.º, 2.º = f. ...su lazo por

ver. ARG. 1.º, 2.º, BENJ. = g. ...mas estaba. BR. 3.º, AMB., TON. = h. ...no somoviese. V. 1.º, 2.º = i. ...encantamiento. TON. = j. ...que hacía en. TON. = k. ...albarde. BR. 3.º, AMB. = l. ...remediara su. ARG. 2.º = m. ...más sabien. L. 1.º, 2.º

encantador<sup>a</sup> le desencantase. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por D. Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: «— Caballeros ó escuderos, ó quienquiera que seáis: no tenéis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse<sup>b</sup> las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera, y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo ó no que os abran.

— ¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, — dijo uno, — para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos más de<sup>c</sup> dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos<sup>d</sup> de priesa<sup>e</sup>.

— ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? — respondió D. Quijote.

— No sé de qué tenéis talle, — respondió el otro; — pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.

— Castillo es<sup>f</sup>, — replicó D. Quijote, — y aun de los mejores de toda esta provincia; y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

— Mejor fuera al revés, — dijo el caminante: — el cetro en la cabeza y la corona en la mano. Y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio, como esta<sup>g</sup>, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.

— Sabéis<sup>h</sup> poco del mundo. — replicó D. Quijote, — pues ignoráis los casos que suelen<sup>i</sup> acontecer en la caballería andante. »

Cansábanse, los compañeros que con el preguntante venían, del coloquio que con D. Quijote pasaba, y, así, tornaron á llamar con grande furia; y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos

a. ...cantador le desencantase. L.<sub>1,2</sub>.  
= b. ...costumbre de abrir tales fortalezas. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = c. ...más que dar cebada. TON. = d. ...que vamos muy depriesa. V.<sub>1,2</sub>, MIL. = e. ...deprisa.

MAI. = f. Castillo replicó D. Quijote.  
MIL. = g. ...como este. V.<sub>1,2</sub>, MIL. = h. Sabéis muy poco del mundo. V.<sub>1,2</sub>, MIL. = i. ...que suelen suceder y acontecer en el. TON.

cuantos en la venta estaban, y, así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió, en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó á oler á<sup>a</sup> Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía, sin moverse, á su estirado señor; y, como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias. Y, así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de D. Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo. Cosa que le causó tanto dolor, que creyó ó que la muñeca le cortaban ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó<sup>b</sup> tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra; que era en su perjuicio, porque, como sentía<sup>c</sup> lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo, bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca, que ellos mismos<sup>d</sup> son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en

a. ...llegó á oler Rocinante. L.<sub>1,2</sub>.  
b. ...arrancaba; eregó además haber quedado tan cerca del suelo. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ.  
= c. ...sentió. L.<sub>1,2</sub>. — ...porque enten-

diendo que le faltaba poco para poner. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. = d. ...ellos mismos. C.<sub>3</sub>, L.<sub>3</sub>, A.<sub>3</sub>, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, MAI., BENJ., FK.

11. ...quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra. — « ¡Vituperable redundancia! », exclama el mezquino retórico al encontrar asidas de la mano una y otra voz: *extremos y puntas*.

Las *puntas* de los pies, que son los dedos, ¿por ventura no tienen también sus *extremos*, su última línea, si vale decirlo así? Huelga, pues, la fria objeción del áspero comentador, ni ha menester de más respuesta, por mucho que apreciemos el sutil ingenio de D. Juan Calderón, cuando se esfuerza en probar ser uso de la lengua el empleo de dos substantivos que significan lo mismo, aunque el segundo vaya regido de la preposición *de*.

Aquel moro encantado del arriero, dijo poco antes el novelista. Moro y arriero son la misma cosa, y es como si dijese *el moro encantado, el arriero*.

15. ...bien así como los que están en el tormento de la garrucha. — « ¿ Quien vido Vergilyo, un ombre de tanta acucia e çiençia, qual nunca de magica arte nin çiençia otro cualquier o tal se sopo, nin se vido nin fallo, segund por sus fechos podras leer, oyr e veer, que estuvo en Roma colgado de una torre a una ventana, a vista de todo el pueblo romano, solo por dezir e porfiar que su saber era tan grande que muger en el mundo non le podría engañar? »

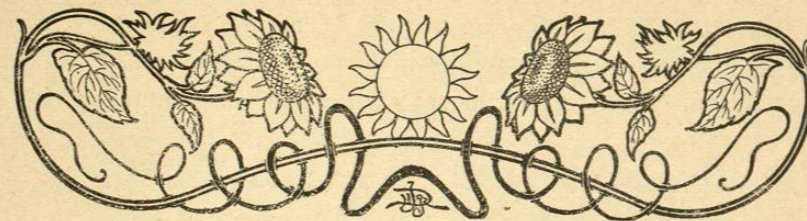
E aquella que le engaño presumio contra su presunçion vana como le engañaria e asy como lo presumio lo engaño de fecho: que non ha maldad en el mundq fecho nin por fazer que a la muger mala defyçile a ella sea de executar e por obra poner. Pero quiero tomar en parte por los ombres, que esto non es engaño por saber, que sy guardar se quisiese ombre non le engañaria muger, aunque en esto pone dubda Sant Agostin. Mas el ombre fiase de la muger,

estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que, con poco más que se estiren, llegarán al suelo.

e fiando quierele a las veses complazer e dexase della engañar e vencer por la contentar. E esto es mas error por voluntad desordenada que por falta de saber ser engañado.

Destos enxemplos las mugeres tomaran plazer e se glorificaran del mal porque las pasadas mugeres a los mas sabios engañaron.»

« Mas te dyre, que yo vi en mis dias en finidos ombres, y aun fembras se que vieron a un ombre muy notable, de casa real e quasy la segunda persona del rey en poderio en Aragon, mayormente e Çezylia, por nombre mosen Barnad de Cabrera, el qual, estando en carçeles preso por el rey e reyna porque fazya en Çeçilia mucho mal e daño al señor rey, por quanto tenia por sy muchos castillos e logares fuertes e non andava a la voluntad del rey, fue preso; e por lo aviltar e desonrar fizieron con una muger quel amava que le consejase que se fuese e se escalase por una ventana de una torre do preso estava para yr a dormyr con ella, e despues que se fuese e fuyese desde su casa; esto por enduzimiento del rey e ella que le plogo de lo fazer. E el, creyendo la muger, pensando que le non engañaria, creyola e tomo una sogá que le ella embio. E el que le guardava diole logar a todo e dexole limar el çerrojo de la ventana e abrirla, e al primer sueño salio por la ventana e començo a descender por la torre abaxo, e en medio de la torre tenia una red de esparto gruesa, abyerta, que alla llaman *xavega*, con sus arteficios. E quando fue dentro en la red, cerraronla e cortaron las cuerdas los que estavan dalto en la ventana, e asy quedo ally colgado fasta otro dia en la tarde que le llevaron de ally syn comer nin beber. E todo el pueblo de la cibdad e de fuera della, sus amigos e enemigos, le vinieron a ver ally, adonde estava en jubon, como Vergilyo, colgado. » (ARCIPRESTE DE TALAVERA. *Corvacho*, pág. 49-50 y 53-54. Edición Madrid, 1901.)



## CAPÍTULO XLIV

## Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta

EN efeto<sup>a</sup>, fueron tantas las voces que D. Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero, despavorido<sup>b</sup>, á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo<sup>c</sup>. Maritornes, que ya había despertado á las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fué al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á D. Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que, llegando á él, le preguntaron qué tenía, que tales voces daba. 5 10

a. En efecto. L.<sub>3</sub>, A.<sub>2</sub>, ARR., CL., RIV., GASP., MAL., FK. = b. ...despavorido y fué á ver quién tales. ARG.<sub>1-2</sub>,

BENJ. = c. ...lo mismo. C.<sub>3</sub>, L.<sub>3</sub>, BR.<sub>1-2</sub>, TON., BOW., ARR., CL., ARR., GASP., MAL., FK.

Fábula de tan varios y heterogéneos elementos como los que en ella se van allegando, trae forzosamente capítulos de suyo episódicos, por no decir desligados de la acción principal, ya que, con más alta unidad que la externa, los estrecha el pensamiento del autor. Tal es aquí la nueva aventura de D. Luis, el negocio de los cuatro criados que acaban de llegar á la venta, junto con el desenlace de aquel otro episodio entre el rapador lugareño, D. Quijote y su escudero sobre el famoso y encantado yelmo del rey Mambrino, y el no menos cómico de la albarda, por la que andan á mia sobre tuya Sancho y el barbero. Más que un relato engendrador de risa, de expansión del espíritu, la narración que aquí se ofrece, llena de rebosante vida, es un cuadro de acabado y sorprendente realismo.

Línea 7. ...y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á D. Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo. — « Tampoco se ha podido decir, — opone meticu-